

El recuerdo de mi primer



BESO

ANÓNIMO

Mi nombre es Lilia. Soy hija de una familia migrante que, como muchas familias en los años setenta, migraron a la ciudad en busca de mejores oportunidades económicas.

Mi Padre, Juan, era un hombre trabajador, proveniente de una familia de pequeños comerciantes. Había asumido el legado de dirigir y conducir uno de los negocios familiares. Fue un hombre joven, buen mozo, admirado por sus buenos modales, su belleza y por la cantidad de novias que habían deseado conformar una familia con él. Al

menos, esas eran las historias que adornaban las cenas familiares, los encuentros decembrinos y las reuniones en casas de tías y familiares de mi papá.

Mi madre, María, llegó a la ciudad con sueños de un mejor futuro. Fue trabajadora desde niña. Desde muy joven aprendió a trabajar con su mamá, que muy temprano cocinaba diversos productos que vendía en la plaza central. Mi abuela, a pesar de su pobreza, se las había arreglado para conseguir becas en el colegio privado de monjas

en el pueblo, así que mi madre estudió con las niñas ricas. Entre la escasez dentro de la familia y la abundancia en las casas de sus amigas, comenzó a soñar con la capital, anhelando conocer a un hombre de avanzada, que la librara del destino que le ofrecían los hombres de su pueblo, que intentaron ganar su corazón.

De esta unión nació yo, Lilia. Amada, deseada, cuidada y protegida. Fui la menor de cuatro hermanas. El recuerdo de mi infancia es muy feliz: muchos mimos, juegos con mis hermanas y primas, viajes al mar, y mi madre siempre en casa atenta a nuestros deseos.

Pero este recuerdo de una infancia siempre feliz comenzó a cambiar cuando llegué a la adolescencia, a los 13 años, para ser exacta. Estaba en casa viendo un programa amarillista (del tipo *Laura en América*), distraída, mirando por la ventana, cuando comencé a escuchar historias y argumentos presentados con tensión que llamaron mi atención. La presentadora y las madres de algunas niñas que aparecían en escena, hablaban de algo que nunca había escuchado, y de repente, de la nada, apareció un recuerdo lejano y escondido: el beso que le dí a mi tío Paco.

Tenía tres años y estaba en el centro de esa familia feliz, siempre bajo la protección de mi madre, mi padre, mis tías y primas que admiraban mi pelo crespo de color dorado, mis ojos claros y mis graciosas maneras, que elogiaban siempre con la misma expresión “Lilita tan tiernita”.

Un buen día llegó el tío Paco. La familia entera había durado años esperando una llamada, una señal de sobrevivencia. Mi tío Paco se había enlistado en la guerrilla, con fuerte convicción ideológica. Fue un hombre político, formado en grupos juveniles que reclamaban las tierras para los campesinos y estudiaban proyectos políticos de las izquierdas en países hermanos. Luego

de varios años, cansado de la lucha armada que percibía que no iba para ningún lado, cayó en depresión, tuvo dos intentos de suicidio, fue dado de baja y llegó a la capital.

En casa fue acogido con alegría. Mi padre, un hombre de derecha, pero emocionado por los discursos de Galán y el partido Liberal, era sensible y de buen corazón. Apoyó al tío Paco para reiniciar su vida, ahora por fuera de la guerrilla. Eran los años 80 y no había programas modernos de reinserción, no había especialistas o proyectos de atención. Mis padres pagaban sus terapias psicológicas y le dieron un trabajo.

En una reunión familiar, mientras jugábamos a las escondidas con mis primas, Paco me llamó desde el baño: “ven Lilita, ven te muestro algo”. Entré al baño. Ahí estaba aquello que nunca había visto fuera de los pantalones de tío Paco. Un dedo enorme que me miraba con un huequito gracioso en la punta. “Dame un besito Lilita”. Fue entonces cuando besé al tío Paco.

Le narré a mi madre aquella escena. Recuerdo sus lágrimas, su angustia, sus ganas de vomitar. Al día siguiente buscó entre sus amigas, revisó páginas amarillas, llamó a quien se le ocurrió. Horas más tarde me hallé sentada frente a una psicóloga desinteresada. Me pidió que relatará de nuevo la situación. ¿Ocurrió algo más Lilia? ¿Recuerdas algo más de lo que hizo en el baño tu tío? Nunca lo recordé. Mi madre me acompañaba con sus ojos hinchados y su cara de preocupación. Sólo fue beso, ese fue el diagnóstico.

En mi casa nunca más volvió a existir el tío Paco. No se hizo alboroto, ni se contó nada a la abuela ni a las tías, pero tampoco se volvió a hablar de él en la familia. En la historia oficial, mi primer beso fue a los 10 años, Armandito y yo contamos hasta 5, nos dimos un fuerte pico en los labios y salimos corriendo.